

CAPITULO IV.

En el que se cuenta la espantosa aventura del lozero
y la historia del trapiento.

NINGUNA fantasma ni espectro espanta al hombre mas cierta y constantemente que la conciencia criminal. En todas partes lo acosa y amedrenta, y siempre á proporcion de la gravedad del delito por oculto que éste se halle. De suerte que aunque nadie persiga al delincuente y tenga la fortuna de que no se haya revelado su iniquidad no importa; él se halla lleno de susto y desasosegado en todas partes. Cualquiera casualidad, un lijero ruido, la misma sombra de su cuerpo agita su espíritu, hace estremecer su corazon y le persuade que ha caido ó está ya para caer en manos de la justicia vengadora. El desgraciado no vive sin fatiga, no come sin amargura, no pasea sin recelo y hasta su mismo sueno es interrumpido del susto y del sobre salto. Tal era mi estado interior cuando entré en esta capital. A

cada paso me parecía que me daban una paliza ó que me conducían á la cárcel. Cualquiera que encontraba vestido de negro me parecía que era Chanfaina: cualquiera vieja me asustaba figurándome en ella á la mujer del barbero: cualquiera botica, cualquier médico..... ¡qué digo! hasta las mulas me llenaban de pavor, pues todo me recordaba mis maldades.

Algunas veces se me paseaba por la imaginación la tranquilidad interior que disfruta el hombre de buena conciencia, y me acordaba de aquello de Horacio cuando dice á Fusco Aristio (1).

El hombre de buen vivir
Y aquel que á ninguno daña,
No ha menester el escudo
Ni flechas emponzoñadas.
Por cualesquiera peligros
Pasa y no se sobresalta,
Seguro en que su defensa
Es una conciencia sana.

Pero estas reflexiones solo se quedaban en paseos y no se radicaban en mi corazón; con esto las desechara de mi corazón como malos pensamientos, sin aprovecharme de ellas, y solo trataba de escaparme de mis agraviados, por cuya razón lo primero que hice fué procurar salir de la capa de golilla, así por quitarme de aquel mueble ridículo, como por no tener conmigo un innegable testigo de mi infidelidad. Para esto luego que llegué á Méjico y en la misma tarde fuí á venderla al baratillo que llaman del *piojo*, porque en él trata la gente mas pobre y allí se venden las piezas mas sucias, asquerosas, despreciables y aun las robadas.

Doblé, pues, la tal capa en un zaguán, y con solo sombrero y

[1] No es traducción literal, sino alusión á la o la 22 de Horacio que comienza: *Integer vitae scelerisque purus, etc.*

vestido de negro, que parecía de á legua colejial huido, fuí al puesto del baratillero de mas crédito que allí habia.

Por mi desgracia estaba éste encargado por el Dr. Purgante [que en realidad se llamaba D. Celidonio Matamoros; aunque con mas verdad podia haberse llamado *Matacristianos*], estaba digo, el baratillero encargado de recojerle su capa si se la fueran á vender, habiéndole dejado las señas mas particulares para el caso.

Una de ellas era un pedazo de la vuelta cosido con seda verde, y un agujerito del cuello remendado con paño azul. Yo en mi vida habia reparado en semejantes menudencias, con esto fuí á venderla muy frescamente; y por desgracia se acordó del encargo el baratillero, y lo primero con que tropezaron sus ojos, ántes de desdoblarla, fué el pedazo de la vuelta cosido con seda verde.

Luego que yo le dije que era capa y de golilla, y vió la diferencia de la seda en la costura, me dijo: amigo, esta capa puede ser de mi compadre D. Celidonio, á quien por mal nombre llaman el Dr. Purgante. A lo ménos si debajo del cuello tiene un remiendito azul, ciertos son los toros. La desdobló, registró y halló el tal remiendito. Entónces me preguntó si aquella capa era mia, si la habia comprado ó me la habian dado á vender.

Yo embarazado con estas preguntas y no sabiendo qué decir, respondí: que la capa ni era mia, ni la habia adquirido por compra, sino que me la habian dado á vender.

¿Pues quién se la dió á vender á vd., cómo se llama y donde vive, ó donde está? me preguntó el baratillero. Yo le dije que un hombre que apénas lo conocia; que él sí me conocia á mí: que yo era muy hombre de bien aunque la capa andaba en opiniones, pero que por allí inmediato se habia quedado.

El baratillero entónces le dijo á un amigo suyo que estaba en su tienda, que fuera conmigo y no me dejara hasta que yo entregara al que me habia dado á vender la capa, que se conocia que era yo

un buen verónico, pero que aquella capa la había robado à D. Celdonio un mozo que tenia, conocido por Periquillo Sarniento, juntamente con una mula ensillada y enfrenada, una gualdrapa, una peluca, una golilla, unos libros, algun dinero y quién sabe qué mas; y así que ó me llevara á la cárcel ó entregara yo al ladron y entregándolo que me dejase libre.

Con esta sentencia partí acompañado de mi alguacil, á quien anduve trayendo ya por esta calle, ya por la otra, sin acabar de encontrar al ladron con ir tan cerca de mí, hasta que la adversa suerte me deparó sentado en un zaguan á un pobre, embozado en un capote viejo.

Luego que lo ví tan trapiento lo marqué por ladron, como si todos los trapientos fueran ladrones, y le dije á mi corchete honorario, que aquel era quien me habia dado la capa á vender.

El muy salvaje, lo creyó de buenas á primeras, y volvió conmigo á pedir auxilio á la guardia inmediata, la que no se negó, y así prevenido de cuatro hombres y un cabo volvimos á prender al trapiento.

El desdichado luego que se vió sorprendido con la voz de *dáte*, se levantó y dijo: señores, yo estoy dado á la justicia; ¿pero qué he hecho ó por qué causa me he de dar? Por ladron, dijo el corchete. ¿Por ladron? replicaba el pobrete, seguramente vds. se han equivocado. No nos hemos equivocado, decia el encargado del batillero; hay testigos de tu robo y tú mismo pelaje demuestra quién eres y los de tu librea. Amárrenlo.

Señores, decia el pobre: vean vds. que hay un diablo que se parece á otro: quizá no seré yo el que buscan; que hay testigos que depongan contra mí, no es prueba bastante para esa tropelía, cuando sabemos que hay mil infames que por dos reales, se hacen testigos para calumniar á un hombre de bien: y por fin, el que sea un pobre y esté mal vestido, no prueba que sea uno pícaro: el hábito no hace al monje.

Con que, señores, hacerme este daño solo por mi indecente traje ó por la deposicion de uno ó dos pícaros comprados á vil precio, sin mas averiguacion ni mas informe, me parece que es un atropellamiento que no cabe en los preseritos términos de la justicia.

Yo soy un hombre á quien vdes. no conocen y solo juzgan por la apariencia del traje; pero quizá bajo de una mala capa habrá un buen bebedor; esto es, quizá bajo de este ruín exterior habrá un hombre noble, un infeliz y un honrado á toda prueba.

Todo está muy bien, decia el encargado de corchete; pero vd. le dió á este mozo (señalándome a mí) una capa de golilla para que la vendiera, con la que juntamente se robaron una mula con su gualdrapa, una golilla, una peluca y otras maritatas; y este mismo mozo ha descubierto á vd., quien ha de dar razon de todo lo que se ha perdido.

¿Qué capa, ni qué mula, ni qué peluca, golilla ni gualdrapa, ni que sé yo de cuanto vd. ha dicho!

Sí señor, decia el alguacil: vd. le dió al señor á vender la capa de golilla; el señor conoce á vd., y quien le dió la capa debe saber de todo.

Amigo, me decía el pobre muy apurado: ¿vd. me conoce? ¿Yo le he dado á vender alguna capa, ni me ha visto en su vida? Sí señor, replicaba yo entre el temor y la osadía, vd. me dió á vender esa capa, y vd. fué criado de mi padre.

¡Hombre del diablo! decia el pobre: ¿qué capa le he vendido á vd. ni qué conocimiento tengo de vd. ni de su padre?

Sí señor, decia yo: el señor lo quiere negar; pero el señor me dió á vender la capa.

Pues no es menester más, dijo el corchete: amarren al señor ahí veremos.

Con esto amarraron al miserable los soldados, se lo llevaron á la cárcel y á mí me despacharon en libertad. Tal suele ser la tro-

pelía de los que se meten á auxiliar á la justicia sin saber lo que es justicia.

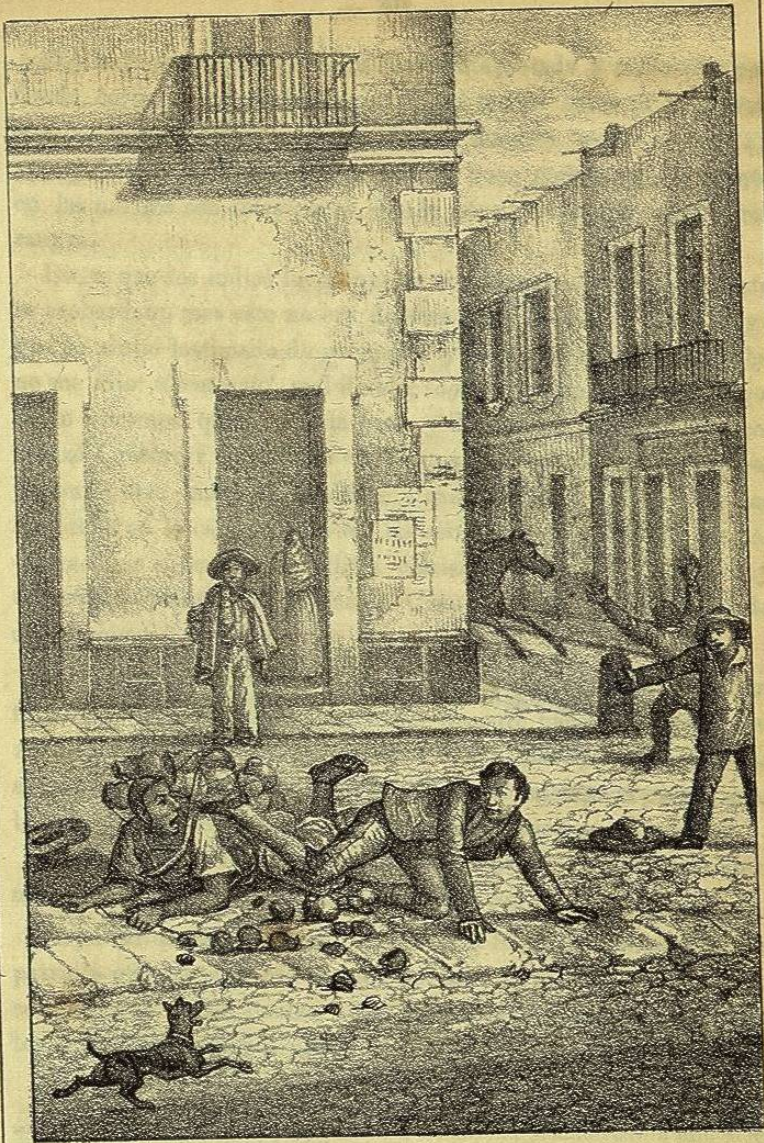
Yo me fuí en cuerpo gentil; pero muy contento al ver la facilidad con que habia burlado al baratillero, aunque por otra parte sentia el verme despojado de la capa y de su valor.

En estas semejantes boberías maliciosos iba yo entretenido, cuando oí que á mis espaldas gritaban: *atajen, atajen*. Pensé en aquel instante, que seguramente se habia indemnizado el pobre á quien acababa de calumniar, y venian en mi alcance los soldados para que se averiguara la verdad, y apenas volví la cara y ví la gente que venia corriendo por detras, cuando sin esperar mejor desengaño, eché á correr por la calle del Coliseo como una liebre.

Ya he dicho que en semejantes lances era yo una pluma para ponerme en salvo; pero esa tarde iba tan ligero y aturdido, que al doblar una esquina no ví á un indio locero que iba cargado con su loza, y atropellándolo bonitamente lo tiré en el suelo boca abajo y yo cai sobre las ollas y cazuelas, estrellándome algunas de ellas en las narices, á cuyo tiempo pasó casi sobre de mí y del locero un caballo desbocado que era por el que gritaban que atajasen.

Luego que lo ví, me serené de mi susto, advirtiéndome que no era yo el objeto que pretendian alcanzar; pero este consuelo me lo turbó el demonio del indio que en un momento y arrastrándose como lagartija salió de debajo de su *tapeotle* (1) de loza, y afianzándose del pañuelo me decia con el mayor corage: agora lo veremos si me lo pagas mi loza y paguemeloste de prestito; porque si no el diablo nos ha de llevar *horita, horita*. Anda noramala, indio *macuache*, le dije: ¿qué pagar, ni no pagar? Y ¿quién me paga á mí las cortadas y el porrazo que he llevado?

(1) Aunque vulgarmente llaman así á las escalerillas de tablas para cargar algo á cuestas, es con equivocacion, pues su nombre en idioma mexicano es *sacaculi*.—E.



No ví á un indio locero que iba cargado con su loza, y atropellándolo &c.

¿Yo te lo mandé osté que los fueras atarantado y no lo vias por donde corres como macho azorado? El macho serás tú y la gran cochina que te parió, le dije: indigno, maldito, cuatro-orejas (1), acompañando estos requiebros con un buen puñete que le planté en las narices con tales ganas, que le hice escupir por ellas harta sangre.

Dicen que los indios luego que se ven manchados con su sangre se acobardan; mas este no era de esos. Un diablo se volvió luego que se sintió lastimado de mi mano, y entre mexicano y castellano me dijo: *tlacatecottl*, mal diablo, *lagron*, jijo de un *dimoño*: agora lo veremos quien es cada cual; y diciendo y haciendo me comenzó á retorcer el pañuelo con tantas fuerzas que ya me ahogaba, y con la otra mano cojia ollitas y cazuelas muy aprisa y me las quebraba en la cabeza; pero me las estrellaba tan pronto y con tal cólera, que si como eran ollitas vidriadas, esto es, de barro muy delgado, hubieran sido tinajas de Cuautitlan, allí quedo en estado de no volver á resollar.

Yo casi sofocado con los retortijones del pañuelo, abriendo tanta boca y sin arbitrio de escaparme, procuré hacer de tripas corazon, y como los dos estábamos cerca de las ollas que eran nuestras armas, cuando el indio se agachaba á coger la suya cogia yo tambien la mia, y ámbos á dos nos las quebrábamos en las cabezas.

En un instante nos cercó una turba de bobos, no para defendernos ni apaciguarnos, sino para divertirse con nosotros.

La multitud de los necios espectadores llamó la atencion de una patrulla que casualmente pasaba por allí, la que haciéndose lugar con la culata de los fusiles, llegó adonde estábamos los dos invictos y temibles contendientes.

(1) En el modo comun como los indios se cortan el pelo, les queda un trozo de éste delante de cada oreja que llaman *barcarrota*, y aludiendo á esto se les dice por apodo *cuatro-orejas*. — E.

ALONSO NEYES
1625 MONTERREY, MEX.

A la voz de un par de cañonazos que sentimos cada uno en el lomo nos apartamos y sosegamos, y el sargento, informado por el indio de la mala obra que le habia hecho, y de que lo habia provocado dándole una trompada tan furiosa y sin necesidad, me calificó reo en aquel acto, y requiriéndome sobre que pagara cuatro pesos que decia el locero que valia su mercancía, dije que no no tenia un real, y era así; porque lo poco que me dieron por las frioleras que vendí ya lo habia gastado en el camino. Pues no le hace, replicó el sargento, páguele vd. con la chupa, que bien vale la mitad; ó si no, de aquí va á la cárcel.

Yo que por no ir á semejante lugar le hubiera dado los calzones, me quité la chupa, que estaba buena, y se la dí. El indio la recibió no muy á gusto, porque no sabia lo que valia; juntó los pocos *tepalcates* que halló buenos y se fué.

Yo para hacer lo mismo por mi lado busqué mi sombrero que se me habia caido en la refriega; pero no lo hallé ni lo hallara hasta el dia del juicio si lo buscara, pues alguno de los malditos mirones, viéndolo tirado, y á mí tan empeñado en la accion, lo recogió sin duda con ánimo de restituírmelo en tres plazos (1).

Mientras que me ocupé en buscar mi dicho sombrero, en preguntar por él y disimular la risa del concurso, se alejó el indio mucho trecho, la patrulla se retiró, la gente se fué desparramando por su lado, y yo me fuí por el mio sin chupa ni sombrero, y con algunos araños en la cara, muchos chinchones, y dos ó tres ligeras roturas de cabeza.

De esta suerte se concluyó la espantosa aventura del locero, y yo iba lleno de melancólicas ideas, algo adolorido de los golpes que sufrí en la pendencia, pensando en donde pasaria la noche, aunque no era la primera vez que pensaba en semejante negocio.

(1) Se entienden los del tramposo: *tarde, mal ó nunca.*—E.

Comparando mi estado pasado con el presente: acordándome que quince dias ántes era yo un señor doctor con criados, casa, ropa y estimaciones en Tula; y en aquella hora era yo un infeliz, solo, abatido, sin capa ni sombrero, golpeado, y sin tener un mal techo que me alojara en México mi patria, me acordaba de aquel viejísimo verso que dice:

Aprended flores de mí.

Lo que va de ayer á hoy,

Que ayer maravilla fuí

Y hoy sombra de mí no soy.

Pero lo que mas me confundia era considerar que por los indios me habian venido mis dos últimos daños, y decia entre mí: si es cierto que hay aves de mal agüero, para mí las aves más funestas y de peor prestigio son los indios; porque por ellos me han sucedido tantos males.

Con la barba cosida con el pecho y cerca de las oraciones de la noche iba yo totalmente enagenado sin pensar en otra cosa que en lo dicho, cuando me hizo despertar de mi abstraccion un hombre que estaba parado en una accesoria, y al pasar yo por ella me afianzó del pañuelo, y al primer tiron que me dió me hizo entrar en ella mal de mi grado y cerró la puerta, quedando la habitacion casi oscura, pues la poca luz que á aquella hora entraba por una pequeña ventana, apénas nos permitia vernos las caras.

El hombre muy encolerizado me decia: bribonazo, ¿no me conoce vd? Yo, lleno de miedo, prenda inseparable del malvado, le decia: no señor, sino para servirlo. ¿Con que no me conoce? repetia él enojado: ¡jamás me ha visto? ¿No se acuerda de mí? No señor, decia yo muy apurado, por Dios se lo juro que no lo conozco.

Estas preguntas y respuestas eran sin soltarme del pañuelo, y dándome cada rato tan furiosos estrujones, que me obligaba con ellos á hacerle frecuentes reverencias.